

Mensajes del inframundo

Las kleksografías de Justinus Kerner

LUIS MONTIEL

Universidad Complutense de Madrid
Facultad de Medicina
montiel@med.ucm.es

[Montiel, L., «Mensajes del inframundo. Las kleksografías de Justinus Kerner». *Escritura e imagen*, núm. 1 (2005), pp. 145-157.]

Resumen

El médico y poeta alemán Justinus Kerner (1786-1862), uno de los principales exponentes del estilo romántico en medicina, inventó al final de su vida un género pictórico-literario muy personal: la kleksografía. A partir de imágenes formadas sobre manchas de tinta, compuso poemas que las identificaban como emisarios del inframundo, que irrumpían en el nuestro gracias a la fuerza invisible del magnetismo animal. En este artículo se presentan, traducidas, algunas de las kleksografías que fueron objeto de una publicación póstuma.

Palabras clave: Justinus Kerner, kleksografías, magnetismo animal, romanticismo alemán, poesía e imagen.

Abstract

At the end of his life the German doctor and poet Justinus Kerner (1786-1862), one of the main exponents of the romantic style in medicine, invented a very personal pictorial-literary genre: kleksography. Based on images formed by ink-blots, he composed poems that identified them as emissaries of the underworld, breaking through into our world thanks to the invisible force of animal magnetism. This article presents translations of some of the kleksographies that were the object of a posthumous publication.

Key words: Justinus Kerner, kleksographies, animal magnetism, German romanticism, poetry and image.

Médico, poeta, visionario: con estos tres calificativos define a Justinus Kerner (1786-1862) su biógrafo Otto Joachim Grüsser¹, y cualquiera que conozca sumariamente la vida de este personaje del romanticismo alemán reconocerá que le hace justicia. Esa triple vertiente de su personalidad, desplegada por lo general en los campos correspondientes –como médico estudió con gran finura el botulismo; como poeta, al lado de Uhland, es cabeza del romanticismo suabo; como visionario se hará célebre con el caso de la vidente de Prevorst–, se manifiesta de manera conjunta y armoniosa, al final de su vida, en estas curiosas producciones: las kleksografías.

La dedicación de Kerner a la medicina se caracterizó por un sesgo peculiar, en la dirección de lo que, anacrónicamente, podríamos denominar psiquiatría. Tal vez el hecho de que uno de sus primeros pacientes fuese un poeta loco –y de la talla, aunque sólo tardíamente reconocida, de Friedrich Hölderlin– condicionó tanto como su propia personalidad su manera de contemplar los trastornos psíquicos. Reduciendo a lo esencial su punto de vista puede decirse que lo que más interesó a Kerner fueron aquellos casos en los que épocas pasadas habían reconocido una intervención sobrenatural, casi siempre demoníaca, interpretación ésta que en su tiempo gozaba aún de plena vigencia en el medio rural. Las posesas de antaño, confundidas con las *sonámbulas* del recién postulado *magnetismo animal*², serán el objeto predilecto de la atención y de los cuidados de Justinus Kerner desde los años veinte, cuando publica su *Geschichte zweyer Somnambülen* (*Historia de dos sonámbulas*, 1824), hasta el fin de sus días. Su obra más influyente en este campo es *Die Seherin von Prevorst* (*La vidente de Prevorst*, 1829), cuyo subtítulo constituye la más explícita declaración de principios: *Eröffnungen über das innere Leben des Menschen und über das Hereinragen einer Geisterwelt in die unsere* (*Manifestaciones acerca de la vida interior del ser humano y acerca de la infiltración de un mundo de espíritus en el nuestro*). Convencido de la realidad del magnetismo animal, no lo estaba menos de que esta oscura capacidad innata en el ser humano, pero especialmente activa en algunas personas, permitía en ocasiones percibir oscuras presencias procedentes de un más allá de cuya existencia, como cristiano, no dudaba. Pero no debemos infravalorar su personalidad. Médico rural por vocación, no fue jamás un aldeano retrógrado. En su casa de Weinsberg, la llamada *Kernerhaus*, recibió a lo largo de su vida a gentes de toda orientación religiosa e ideológica, desde los poetas Lenau y Müller, el autor de ese

¹ Grüsser, O.J., *Justinus Kerner. Arzt, Poet, Geisterseher*, Berlín, Springer Verlag, 1987. Puede encontrarse un excelente resumen de la biografía de Kerner en Gündel, K., *Die deutschen Romantiker*, Zurich, Artemis und Winkler, 1985, pp. 152-155.

² Cfr. Montiel, L., «Historia y enfermedad mental en dos historias clínicas de Dietrich Georg Kieser (1779-1862)», *Frenia*, I, 2 (2001), pp. 67-85.

Winterreise al que pondría inolvidable música Schubert, hasta médicos y filósofos sospechosos de ateísmo o de panteísmo, como el mismo Schelling, pasando por personajes como Helmina von Chézy, noble dama a la que E.T.A. Hoffmann, tras desempolvar su poco utilizada toga de letrado, tuvo que defender ante un tribunal prusiano de una acusación de traición a la patria. Y hay que advertir que siempre eran los demás quienes le buscaban. Profundamente religioso, conservador sin duda, nuestro personaje asumió ambas actitudes en su sentido más humano, siendo uno de los pocos médicos del período romántico, y luego del Biedermeier, de quienes sus conciudadanos guardan cordial memoria: aquella Casa Kerner pervive aún en Weinsberg como monumento a una forma de practicar la medicina, especialmente con los enfermos mentales, que dejó grata huella. En ella produjo al final de su vida las kleksografías objeto de este artículo, que para él no eran mero pasatiempo, sino una prueba más de la existencia de ese inframundo que, a veces, a través del estado magnético, irrumpe en el nuestro. Dedicaré unas líneas a suministrar alguna información acerca de ellas para, después, dejar que escritura e imagen hablen por sí mismas³.

En su breve introducción a la primera edición de algunas kleksografías⁴, publicada años después de la muerte de su autor⁵, nos explica éste cómo su creciente pérdida de visión, debida probablemente a cataratas⁶, ha provocado una mayor torpeza al escribir, que se traduce en profusión de borrones. Poco a poco ha comenzado a tomar en consideración las caprichosas formas, aún bien perceptibles para él, que adoptan las gotas de tinta sobre el papel inutilizado para la escritura después de plegarlo del mismo modo que, como ahora recuerda, hacían a veces otros escolares y él mismo en la lejana infancia para divertirse con semejantes productos del azar⁷. La semejanza de este proceder con el test de Rorschach ha sido generalmente reconocida, hasta convertirse en un lugar común. Sin em-

³ La obra de la que proceden ha sido publicada en edición bilingüe: Kerner, J., *Kleksografías*, ed. L. Montiel, Barcelona, MRA, 2004.

⁴ Hay otras, algunas incluso en varios colores, inéditas. Cfr. Grüsser 1987, *op. cit.* (nota 1), p. 320.

⁵ En un reciente estudio se apunta la posibilidad de que esta tardía publicación tenga que ver con el creciente interés por la fotografía en la última década del siglo XIX. Cfr. Von Arburg, H.-G., «Dämonische Signaturen aus dem Tintenfass. Justinus Kerner's *Kleksographien* und die 'Zufallsbilder' der Natur», en Von Arburg, H.-G., Gamper, M., y Stadler, U. (eds.), *Wunderliche Figuren. Über die Lesbarkeit von Chiffreschriften*, Munich, Wilhelm Fink, 2001, pp. 43-67 (ref. en p. 63).

⁶ Grüsser 1987, *op. cit.* (nota 1), p. 322.

⁷ Algunos contemporáneos de nuestro autor se ejercitaron también en esta técnica y dejaron muestras de su actividad. Al menos uno de ellos, un cierto Conde Franz von Pocci (1807-1876), llegó a intercambiar por correo algunas kleksografías suyas con las de Kerner. Cfr. Von Arburg 2001, *op. cit.* (nota 5), p. 45. Otros, como Wilhelm von Kaulbach y sus discípulos Michael Echter y Julius Muhr, ensayaron la kleksografía con café en la misma época en que Kerner lo hacía. Cfr. *ibidem*, p. 53, n. 21.

bargo, no he conseguido encontrar un testimonio explícito a este respecto. El autor de referencia en la historia de la *psiquiatría dinámica*, Henri F. Ellenberger, da por sentada la influencia de las kleksografías de Kerner, pero sin aportar prueba alguna⁸. Y el propio Rorschach sólo de refilón emplea dicho neologismo sin siquiera asociarlo al médico romántico⁹. Por otra parte Kerner no se limitó a producir de forma involuntaria las imágenes, sino que, como explicaré luego, las retocaba y, lo que es más interesante, componía un poema a partir de las ideas que cada una de dichas figuras le sugería.

Con todo, algo hay en el origen de estas kleksografías que escapa a la propia voluntad y que, por lo tanto, les confiere esa cualidad misteriosa que su autor reconoce en los dos primeros poemas presentados en este artículo. Es posible que sea ese carácter últimamente enigmático, que remite al fondo inconsciente del psiquismo, el responsable de la división de las figuras en diferentes secciones que llevan por título, respectivamente: «Heraldos de la muerte» (*Todesboten*), «Imágenes del Hades» (*Hadesbilder*¹⁰) y, por fin, «Imágenes del infierno» (*Höllenbilder*). A modo de prólogo Kerner escribió un *memento mori* que consta de dos kleksografías y sus correspondientes poemas. En total el libro está compuesto por 40 poemas y 51 figuras que no se corresponden exactamente con aquellos, pues diez de ellas, semejantes a mariposas, se encuentran juntas en la última página, otras dos corresponden, respectivamente, a la portada y al inicio de las kleksografías propiamente dichas, inmediatamente a continuación del prólogo del autor, y en dos ocasiones un poema comenta dos imágenes, situadas una al comienzo y otra al final del mismo. A cambio hay algún poema que no procede de kleksografía alguna y que cumple una función de enlace y explicación de los que le preceden y le siguen.

Desde el punto de vista técnico, Kerner utilizó diversas sustancias para producir sus figuras: tinta común para escritura, desde luego, pero también, como él mismo advierte en algunos de los poemas que las acompañan, café y tinta

⁸ Ellenberger, H.F., *El descubrimiento del inconsciente. Historia y evolución de la psiquiatría dinámica*, Madrid, Gredos, 1976, p. 109. En su artículo «The life and work of Hermann Rorschach (1884-1922)», *Bulletin of the Menninger Clinic*, 18, 5 (1954), pp. 173-219, se limita a afirmar (p. 218) que «es sabido que recibió la influencia de los siguientes autores», mencionando en primer lugar: «Kerner, Justinus: *Die Kleksographie*, 1857». Esta fecha coincide con el final de la redacción de la obra, pero no con su publicación (1890).

⁹ Rorschach, H., *Psychodiagnostik. Methodik und Ergebnisse eines wahrnehmungsdiagnostischen Experiments*, 8ª ed., Berna y Stuttgart, Hans Huber Verlag, 1962, p. 98.

¹⁰ Este Hades tiene el significado de «purgatorio» o lugar intermedio entre los destinos definitivos de las postrimerías –cielo e infierno– y el mundo de los vivos. De aquí proceden los espíritus que, según se sostiene en la historia de la Vidente de Prevorst, pueden irrumpir en el nuestro a través de personas especialmente sensibles, dotadas de capacidades magnéticas. Cfr. Von Arburg 2001, *op. cit.* (nota 5), pp. 54-55.

de imprenta. En algunos casos retocó a plumilla las imágenes así creadas¹¹. Este último dato introduce, a juicio de algunos, una cierta contradicción respecto del carácter pretendidamente casual o espontáneo de tales producciones. Incluso el hecho de que su autor pase del borrón accidental a la mancha provocada restaría valor a su presunto valor como testimonio de la actividad psíquica inconsciente¹². Esto puede ser cierto desde el punto de vista de la prueba de Rorschach, en la que se muestran las mismas láminas a diferentes pacientes; pero no lo es para otras escuelas de psicología profunda, como la junguiana, en la que se concede un gran significado a la intervención del analizando en el desarrollo de la prueba¹³. Como ya he señalado, el propio Kerner tenía por espontáneas y auténticas estas figuras, a través de las cuales se manifestaban a individuos especialmente sensibles algunos secretos del otro mundo –¿del inconsciente?–, así como las protofiguras, o protomodelos del arte surgidos de la propia naturaleza¹⁴.

Permítaseme añadir tan sólo unas pocas palabras relativas al texto que el lector tiene ahora ante sí. En mi traducción he procurado respetar al máximo la métrica y la rima originales, así como el sentido de los poemas. Habiéndome impuesto la traducción rimada he tratado de conservar el tono emocional de los mismos, a menudo satírico, sirviéndome, para ello, de estilos y vocablos propios de los poetas españoles contemporáneos de Kerner. He disfrutado haciéndolo, sin que esto signifique que siempre me haya resultado fácil, en parte por la propia dinámica del trabajo, y en parte no menor por creer que, de este modo, podía dar a conocer una obra singular, que reúne poesía, psicología profunda y un peculiar esoterismo tardorromántico, ofreciendo así una nueva perspectiva sobre ese mundo extraordinariamente complejo, tornasolado –el del romanticismo alemán y sus derivaciones– que seguramente aún nos reserva muy gratas sorpresas.

¹¹ Al menos una de ellas parece dibujada directamente; me refiero a la del diablo con una pluma en la oreja que figura en último lugar.

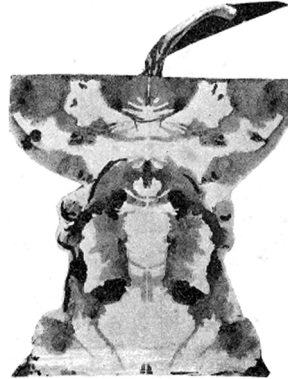
¹² Von Arburg 2001, *op. cit.* (nota 5), p. 47.

¹³ No puedo extenderme sobre este asunto, pero señalaré que esta idea está en la base de la utilización del Tarot como test proyectivo, es decir, a la manera del test de Rorschach. En esta perspectiva tiene sentido, por ejemplo, que sea el analizando quien baraje, corte y descubra sucesivamente las cartas cuyas figuras interpretará luego. Cfr. Nichols, S., *Jung y el Tarot*, Barcelona, Kairós, 1989.

¹⁴ En su prólogo a la edición de sus kleksografías señala Kerner este último aspecto: «Hay que hacer notar que esos dibujos recuerdan muy a menudo a los de tiempos muy remotos, procedentes de la infancia de pueblos antiguos...». Obsérvese que esto representa un criterio de veracidad para nuestro autor, al contrario –como se ha señalado– que para un ilustrado como Kant, quien consideraba cualesquiera *Zufallsbilder* como síntomas patológicos, nacidos de una imaginación sobreexcitada. Cfr. Von Arburg 2001, *op. cit.* (nota 5), pp. 43-44.



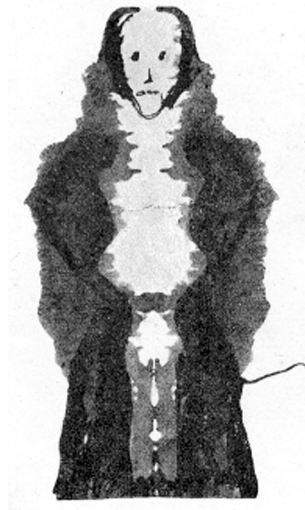
De la muerte los heraldos
desde la noche de tinta
traen del Hades los grabados.
(¡Corazón, nada sabías!)



Un tintero; una pluma silenciosa.
¡Volcadlo! Veréis extrañas cosas:
descubriréis que un tintero banal
se ha convertido en un demonio bestial.



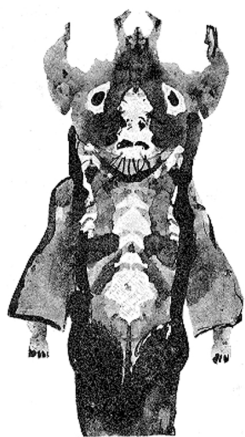
Estas figuras del Hades,
negras, que me traen temores,
son espíritus menores;
por sus solas fuerzas nacen.
Para espantarme, sucintas,
brotan de manchas de tinta.
Así, siempre pienso en ellas
en la noche, en las tinieblas.



En el tintero trasgueda
esa fantasmal ralea.
A lo que escriba, ¡atención!
El kleksógrafo descubre
que un simple tintero encubre
a un venenoso demonio.



Como de la muerte mensajera alada,
la fantasma surge de la blanca dama;
cuando ciertas noches en la casa vuela
como una luciérnaga y en el cristal
posa su cabeza con luz fantasmal
muy pronto a alguno la muerte le llega.



¡Máscara infernal
a medias bestial,
déjame ya en paz!
Kleksografiar
jinetes de escoba,
por más que des coba,
no es mi voluntad.



¿Quién es este aparecido
del café al grato olor?
Tinta es lo único que ha olido,
lo que al Hades le llevó.

Actas: su solo placer;
un amigo: el palillero;
su gran deleite: el dinero;
el alma envuelta en papel.

«En un tintero me veo
–dice– por falsificar
pasaportes por dinero;
ni pluma ni tinta hay.

¡Ay, si alguien me procurara
un par de gotas de tinta!
Pero con esto no basta:
papel y pluma querría.

Escribiría al buen Dios
una queja razonable
explicándole que estoy
erróneamente en el Hades.»

«¡Atrás! –grité– ¡Que me abrumas,
alma de papel secante,
mapa de todas las culpas
por las que estás en el Hades!»

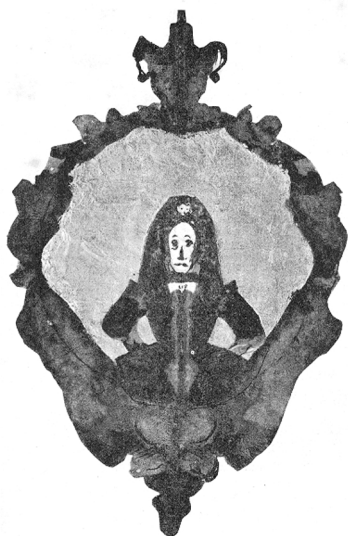
Se zambulló en su tintero
rápido y sin rechistar:
signo de arrepentimiento
que sólo puedo aprobar.



Al claro de luna se aprecia su sombra
a la medianoche, cerca del brocal.
Se apoya en la cruz de piedra mohosa
cual si padeciera un profundo mal.
Pálida y muda, cual la misma luna,
se mira en el agua del pozo, profunda;
temblando, algo arroja hacia el fondo oscuro,
y luego en su noche se lanza de súbito.
Abajo se escucha un sonido sordo,
las aguas susurran rozando la piedra,
mas pronto se extiende un silencio de muerte
la cruz queda oculta por espesa niebla,
las flores silvestres su perfume pierden.



El fantasma cadáveres anuncia.
Largas y negras pestes él prelude.
Cuando se acerca este nocturno espectro
quejas y llantos se oyen a lo lejos;
dice el sabihondo: «Es el ulular
del búho, del bosque en la soledad».
Mas de pronto ve, igual que el labriego,
sentada en el muro del cementerio
a la plañidera, le posee el espanto;
grita ella en la noche, alzando los brazos:
«Que de vosotros Dios tenga piedad!
¡Con vuestro señor poneos en paz!
¡Se acerca la peste con celeridad!»
Y luego en el aire desaparece;
y la peste llega volando, volando,
y hace tantos muertos, que el camposanto
de tumbas y fosas muy pronto carece.



Del castillo, de una dama en el cuarto
cuelga un vetusto espejo.
Custodiado quedó hace muchos años
bajo cerrojos fieros.

Lo que con el espejo sucedió
hace ya largo tiempo
por más que pueda despertar pavor
narrároslo hoy quiero.

Las puertas, al sonar la medianoche
se abren una a una
y el marco del espejo resplandece
cual la luz de la luna.

Luego se ve surgir de su interior
una helada figura
Si alguien la ve, sólo siente terror
pues muy pronto se esfuma.

¿Quién era, preguntáis? Preciosa y fatua
sin tasa, una mujer
que tanto se admiraba ante el espejo
que murió ante él.

Agonizante, dijo a su doncella:
«tiñe bien mis cabellos,
pues no quiero que grises aparezcan
ni en el sueño eterno.

Y antes que mi cadáver quede expuesto
perfila bien mis labios;
no temas darles forma con tus dedos:
que queden como antaño.»

Aún quiso ordenar más, seguir hablando
de cierto corsé, creo,
de unos dientes postizos, tanto y cuanto,
pero no tuvo tiempo.

Empero nada hizo la sirvienta
de lo que fue ordenado;
así, noche tras noche, macilenta,
la muerta ha retornado.

Teñir desea cana cabellera,
hallar corsé y dientes,
mas canta el gallo y de igual manera
del espejo se pierde.

Tantos son ya los que del caso hablaban
que el alcaide, medroso,
ordenó que el espejo se encerrara
bajo firmes cerrojos.

Y ya que mi atención llamar quería,
la plasmó, indiferente,
macabra muestra de peluquería,
kleksográficamente.



También mi imagen surge del tintero.
La veo y quedo pálido cual muerto.
Tras la cabeza un halo de tinieblas:
malas artes de médico y poeta.
Me avergüenzo de antigua vanidad,
de inmerecidas dotes malgastar.
Mi viejo cuerpo veo como un cadáver
aún de la vida gozando el néctar suave;
de mis pies tira el peso terrenal:
¡Si arrancarlo pudiera yo al final!
No soy capaz, y su poder infame
aún me sumerge en la noche del Hades.



De una noche aún más profunda
trae el tintero turbamulta
antes de hallar una frase.
¡Si lo hubiera sabido antes!
De este modo he aprendido
cuán grandes son los peligros
al kleksografiar de noche:
con manchas de tinta negra
surge un gato a troche y moche



que al diablo hace muecas;
y es Satán quien nos la juega.
Kleksógrafos, con frecuencia,
son burlados a conciencia
por espíritus que cambian
sus figuras a mansalva,
igual que en vida trocaron
por lo oscuro lo más claro,
y siguen eternamente
su derrota impenitente.



Quién fuera antaño este trasco
tan sólo yo lo he averiguado.
Decía uno: «Un actuario
glotón famoso y bebedor».
Otro, profundo pensador,
dijo: «era un cura mercenario;
se ve con toda claridad
por su negruzca ropa talar».
Dijo el tercero: «un boticario
que envenenó los excipientes
para matar a los pacientes».
Hablé y rompieron a reír:
«Me indica su barba de chivo
y sus dos varas de medir
que en vida hubo de ser muy vivo
robando sin sufrir desastres
y sólo pudo ser... un sastre».



Kleksografiando con tinta de imprimir
—sólo el diablo me pudo a ello inducir—
tamaño escándalo se atrevió a surgir.
No sé quien es ni sé cuando vivió;
Fausto, tal vez, quien la imprenta inventó.
Un mal cristiano fue—de él sabemos bastante—
y en el infierno está por nigromante.
Que su destino fuese éste o no
nunca me resultó muy interesante
hasta que vi su imagen denigrante:
ésa es la tinta que crea las erratas;
por ella sufren las letras alteradas.
Textos salen de imprenta que son una irrisión
mientras que su autor muere de pura hu-
[millación
y grita a su familia en la noche serena:
«¡Mujer, hijos, mirad, mirad qué pena:
lo que de mi obra ha hecho esa maldita im-
[prenta!
En lodazal estoy sin remisión».

Cuánto calvario esa tinta aún traerá
no oso decirlo. Y ¿quién se atreverá?
Mas, aunque tiemblo,
he aquí un ejemplo:
Un librero se queja ante su autor:
«¡Si nunca hubiera impreso nada suyo!
Su diccionario de indio, buen señor,
en diez años no me ha dejado un duro;
y su apología.... ¡por favor!
Y con sus otros libros, aún peor.
Aquí los tengo, todos en montón».
Bien pensado, todo esto son fintas
¡negro de imprenta! para exorcizarte.
Yo kleksografiaré sólo con tinta
y nunca volveré a utilizarte.
Apenas dicho esto, se desliza
hacia el tejado, chimenea arriba;
una lluvia de piedras me agrede
y no encuentro lugar donde esconderme.
«¡Ay!», grito, «¡el demonio va a cogermel!»
Pero es sólo un momento pues, de un salto
cierro la puerta de la chimenea.
Una explosión se escucha, que envenena
la casa desde el suelo hasta lo alto.
Miro entre el humo, y aún distingo apenas
cómo esta quimera kleksográfica,
figura de las faltas tipográficas,
monta a caballo, burlándose de mí,
sobre un brazo de imprenta, y así,
orgullosa cual rey, de mí se aparta.



Cuando, frente al tintero
me sentaba yo de nuevo,
mi plumilla remojando
para escribir un rato
algo apareció, reptando
como la cola de un gato.
Receloso me mostraba
pues la cosa se estiraba.
¿Un ratón? ¡Por San Antonio!
¡Pero si era el demonio!
Hízome tres reverencias,
con el rabo haciendo anillas;
me contó mil maravillas;
para ganarse mi anuencia
dijo haber sido una vez
en Nápoles canciller.
«Ahora estoy, según parece
–dijo– gastando otro terno,
–tiene lo que se merece–
un ratito en el infierno.
Antes era poderoso;
ahora, por decirlo pronto,
sólo soy un pobre diablo
mas, eso sí, industrioso:

trabajo con los pigmentos
de la imprenta de mi amo.
Y te digo –no te enfades–:
para figuras del Hades
precisas de otro elemento.
Tu tinta es bastante clara;
con la mía has de mezclarla.»
Le respondí, enojado:
«¿Es que crees que no he notado
que eres el diablejo aquel
a quien en día señalado

por la chimenea expulsé?
¡Déjame que me caliente!
¡Mi tintero he de arrojarte¹⁵
algo luteranamente!
Aunque esto ha de bastarte»:
Sé que lo odia el Maligno
y de la cruz hice el signo.
Adelgazó con premura.
Insistí entonces con saña:
como el hilo de una araña
salió por la cerradura.

¹⁵ Se refiere a una conocida anécdota de Lutero, quien, para ilustrar la importancia que daba al demonio, «jugaba» a veces con su supuesta presencia en los rincones de su casa, arrojándole en al menos una ocasión un tintero.